San Pablo en san Juan de Jerusalén, Roma

FRAGILIDADES Y DEBILIDADES SEGÚN SAN PABLO

Te presento una meditación y reflexión sobre estas ideas que se nos presentan todos los días en nuestas luchas interiores.

Reconocemos nuestra debilidad y fragilidad. Pablo nos hace ver que nuestra fuerza no radica en nosotros, sino en el poder y en la gracia de Dios.

Este estudio está precedido por una audiencia del Papa en la que habla de este tema.

Te deseo felicidad en tu propia debilidad

Felipe Santos, Salesiano

Málaga- septiembre-2006

Bendito el Señor, mi Roca,
que adiestra mis manos para el combate,
mis dedos para la pelea;

Mi bienhechor, mi alcázar,
baluarte donde me pongo a salvo,
mi escudo y refugio,
que me somete los pueblos.

Señor, ¿qué es el hombre para que te fijes en él?
¿Qué los hijos de Adán para que pienses en ellos?
El hombre es igual que un soplo;
sus días, una sombra que pasa.

Señor, inclina tu cielo y desciende;
toca los montes, y echarán humo;
fulmina el rayo y dispérsalos;
dispara tus saetas y desbarátalos.

Extiende la mano desde arriba:
defiéndeme, líbrame de las aguas caudalosas,
de la mano de los extranjeros,
cuya boca dice falsedades,
cuya diestra jura en falso.

Dios mío, te cantaré un cántico nuevo,
tocaré para ti el arpa de diez cuerdas:
para ti que das la victoria a los reyes,
y salvas a David, tu siervo.

1. Acabamos de escuchar la primera parte del Salmo 143. Tiene las características de un himno real, entretejido por otros textos bíblicos, que dan vida a una nueva oración (Cf. Salmo 8, 5; 17,8-15; 32, 2-3; 38, 6-7). Quien habla en primera persona es el mismo Rey David, que reconoce el origen divino de sus éxitos.

El Señor es representado con imágenes marciales, según el antiguo uso simbólico: aparece, de hecho, como instructor militar (Cf. Salmo 143, 1), fortaleza inexpugnable, escudo protector, triunfador (Cf. v. 2). De este modo, se quiere exaltar la personalidad de Dios, que se compromete contra el mal en la historia: no es una potencia obscura o una especie de hado, ni un soberano impasible e indiferente ante las vicisitudes humanas. Las citas y el tono de esta celebración divina están influenciadas por el himno de David conservado en el Salmo 17, y en el capítulo 22 del Segundo Libro de Samuel.

2. Ante la potencia divina, el rey judío reconoce su fragilidad y debilidad, propias de todas las criaturas humanas. Para expresar esta sensación, el rey orante recurre a dos frases presentes en los Salmos 8 y 38, y las entrecruza dándoles una nueva y más intensa eficacia: «Señor, ¿qué es el hombre para que te fijes en él? ¿Qué los hijos de Adán para que pienses en ellos? El hombre es igual que un soplo; sus días, una sombra que pasa» (versículos 3-4). Emerge aquí la firme convicción de que somos frágiles, como el soplo del viento, si el Creador no nos conserva en vida, Él --como dice Job-- «tiene en su mano el alma de todo ser viviente y el soplo de toda carne de hombre» (12, 10).

Sólo con la ayuda divina podemos superar los peligros y las dificultades que salpican todos los días de nuestra vida. Sólo si contamos con la ayuda del Cielo podemos comprometernos, como el antiguo rey de Israel, a caminar hacia la libertad de toda opresión.

3. La intervención divina es presentada con las tradicionales imágenes cósmicas e históricas con el objetivo de ilustrar el señorío divino sobre el universo y sobre las vicisitudes humanas. Entonces aparecen los montes que echan humo en imprevistas erupciones volcánicas (Cf. Salmo 143,5). Aparecen los rayos como saetas lanzadas por el Señor y dispuestas a aniquilar el mal (Cf. versículo 6). Aparecen, por

último, las «aguas caudalosas» que, en el lenguaje bíblico, son símbolo del caos, del mal y de la nada, en una palabra, de las fuerzas negativas en la historia (Cf. versículo 7). A estas imágenes cósmicas se asocian otras de carácter histórico: son «los enemigos» (Cf. versículo 6), los «extranjeros» (Cf. versículo 7), los mentirosos, los que juran en falso, es decir, los idólatras (Cf. versículo 8).

Es una manera muy concreta y oriental de representar la malicia, las perversiones, la opresión y las injusticia: realidades tremendas de las que nos libera el Señor, mientras nos adentramos en el mundo.

4. El Salmo 143, que nos propone la Liturgia de los Laudes, concluye con un breve himno de acción de gracias (Cf. versículos 9-10). Surge de una certeza: Dios no nos abandonará en la lucha contra el mal. Por este motivo, el orante entona una melodía acompañándola con su arpa de diez cuerdas, convencido de que el Señor da la victoria a su consagrado, y salva a David, su siervo (Cf. versículos 9-10).

La palabra «consagrado» en hebreo es «mesías»: nos encontramos, por tanto, ante un Salmo real que se transforma, en el uso litúrgico del antiguo Israel, en un canto mesiánico. Nosotros los cristianos lo repetimos poniendo la mirada en Cristo, que nos libera de todo mal y nos sostiene en la batalla. Ésta, de hecho, no se combate «contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que están en las alturas» (Efesios 6, 12).

5. Concluyamos con una consideración que nos sugiere San Juan Cassiano, monje del siglo IV-V, que vivió en Galia. En su obra, «La Encarnación del Señor», basándose en el versículo 5 de nuestro Salmo, «Señor, inclina tu cielo y desciende», ve en estas palabras la espera de la entrada de Cristo en el mundo.

Y sigue así: «El salmista suplicaba que [...] el Señor se manifestara en la carne, apareciera visiblemente en el mundo, entrara visiblemente en la historia (Cf. 1 Timoteo 3, 16) y que finalmente los santos pudieran ver, con los ojos del cuerpo, todo lo que había sido previsto espiritualmente por ellos» («La Encarnación del Señor» --«L'Incarnazione del Signore»--, V,13, Roma 1991, páginas 208-209). Precisamente esto es lo que testimonia todo bautizado en la alegría de la fe.

[Traducción del original italiano realizada por Zenit. Al final de la audiencia, el Papa hizo esta síntesis en castellano.]

FRAGILIDADES Y DEBILIDADES EN SAN PABLO

Este tesoro (del Evangelio) lo llevamos en vasos de arcilla para que quede claro que este poder no es nuestro, sino de Dios **(2 Cor,4,7). ¿Es posible evocar los textos paulinos en los que se dice que el poder de Cristo se manifiesta en la debilidad del apóstol, a propósito del tema de los jóvenes en dificultad psico-afectiva?**

Para ser honesto en el empleo de estas referencias, conviene preguntarse de qué "debilidad" habla san Pablo y cuáles son sus rasgos? **¿Y por qué esta debilidad da lugar a la manifestación de la gracia? De otro modo, vamos a contracorriente.**

La fragilidad de los creyentes

Pablo habla de "débiless" o de debilidad a propósito de la vida cristiana misma, independientemente del ministerio apostólico. Es un rasgo de las comunidades. Ellas comportan "débiles" entre sus miembros. Las figuras evocadas son diversas.

Sociológicamente hablando, la comunidad de Corinto comporta en su mayor parte gentes de cultura, sin poder, sin posesiones, "débiles". Tienen la elección prioritaria de Dios.

¿Por qué? Porque Dios se complace en colmar lo que nos falta, para dejar resplandecer la gratuidad y la abundancia de su amor.

Eligió a los "débiles", es decir, lo que no vale," *lo que se considera insignificante para reducir a nada lo que el mundo estima importante"* (1 Cor 1, 28).

Los "débiles", significa también cristianos poco iluminados en su fe (1 Cor 8,10 ; Rm 14) habitados todavía por escrúpulos religiosos, que los manifiestan actuando en contra de su conciencia, cuando están con otros creyentes más libres en su comportamiento (porque tienen el "conocimiento)".

En las comunidades, hay también estos **miembros a los que se intentaría considerar como cantidad despreciable, "insignificantes"**, porque no están super dotados ni revestidos de los carimas más destacados. ¿Qué aportan a la comunidad? Pues bien, dice Pablo, los miembros más débiles deben rodearse de más honor, pues son no solamente "tolerables", sino *"particularmente necesarios"* (1 Cor 12, 22).

Débiles, en un sentido más general y más profundo, son todos los que tienen **dificultad en vivir las exigencias evangélicas y hay que apoyarlos en la fidelidad** (*"apoyad a los débiles"*, 1 Tes 5, 14) ; son los que corren el riesgo de retroceder ante las dificultades y las persecuciones, a las que les expone su fe en un mundo hostil (pagano o judío). El Apóstol teme su caída como un fracaso personal : *"¿Quién es débil que no lo sea yo también?¿Quién tropieza, sin que no me queme?"* (2 Cor 11, 29).

Más radicalmente todavía: **la debilidad universal del hombre pecador** (Rm 5, 6). Ciertamente es curada por el poder del Espíritu; lo que la ley no podía conseguir a causa de la debilidad de la carne, Dios lo ha realizado enviando a su Hijo con la condición humana parecida a la nuestra, y ahora el Espíritu se nos ha dado para que podamos vivir según Dios (Rm 8, 1-4). El

Espíritu, en Pablo, se considera, en la línea de Ezequiel, como el que hace a los creyentes capaces de una vida nueva, caracterizada por la libertad interior y mediante la adhesión del corazón a la voluntad de Dios.

Pero la fragilidad humana está permanentemente subyacente. Pablo no ignora que, a pesar de ser regenerado por el Espíritu, el creyente está todavía "dividido": *"No hacéis lo que no queréis"* (Gal 5, 17) ; hay todavía lugar para un conflicto entre la "carne" y el "espíritu", a veces incluso con caídas. Puedo estar todavía "*bajo la ley"*, aunque esté ya "bajo la gracia". Las etapas de "la historia de la salvación" brillan en todo su recorrido salvífico. Mi liberación ha comenzado, pero no ha concluido. El conflicto es ciertamente penoso, ¿pero no es el signo del cambio todavía inacabado, pero real? Los más "espirituales"; ¿no son también los que sufren más las imperfecciones o faltas de debilidad que se les escapan?

Sin ninguna duda, ignorar este conflicto, es ignorar la extensión de las llamadas del Evangelio. Sentirlo, ¿no es por el contrario manifestar que hemos sido tocados por la gracia?

Rm 7 (*"No hago el bien que quiero, hago el mal que no querría"*) debe leerse no sólo por el hombre pecador,delante de Cristo, sino también por el hombre justificado. Esto quiere decir que hay que aceptar vivir con este handicap permanente, sabiendo que la solución no vendrá por el marco de la ley, por perfecta que sea, ni de una rigidez heroica de la voluntad, sino solamente de una entrega cada vez más humilde a la gracia del Espíritu: *"Dejaos llevar por el Espíritu y no os arriesgáis por satisfacer las codicias de la carne"* (Gal 5, 16). El orgullo humano sería un riesgo más peligroso, hasta mortal, para la unión con Cristo, pues se convierte en un obstáculo para la conversión a Cristo.
En esta marcha bajo la guía del Espíritu, la unión fraterna de las comunidades juega un papel importante; Pablo hace a menudo esta llamada: *"Hermanos, si alguien cae en falta, vosotros que os dejáis llevar por el Espíritu, conducirlo por el recto camino con*

un espíritu de dulzura. Y tú que intervienes, presta atención para no caer en la tentación. Ayudaos los unos a los otros en llevar vuestros fardos o cargas. De esta manera, cumpliréis la ley de Cristo" (Gal 6, 1-2). La "debilidad" que queda entre los miembros de las comunidades, es una llamada a dejar ver en ellas la solidaridad espiritual que Cristo vivió en la cruz.
Es en la oración en donde los creyentes deben dejarse llevar por el Espíritu. Pues también ella está enferma, cuando se trata de corresponder a la extensión y a la profundidad del designio de Dios. Afortunadamente, *"el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad. En efecto, no sabemos rezar como es necesario, pero el mismo Espíritu intercede con gemidos inexpresables.Y Dios que escruta los corazones sabe lo que pretende el Espíritu cuando suplica por los consagrados de acuerdo con Dios "* (Rm 8, 25-27). Más allá de nuestra oración formulada, Dios ve el deseo iniciado en nuestros corazones por el Espíritu. La oración de nuestra existencia en el Espíritu va más lejos que nuestras peticiones conscientes. Hay oraciones de la liturgia que dicen eso muy bien.
Estas diversas figuras de la debilidad a nuestro derredor y en nosotros son una llamada permanente de la gracia que está en el origen de la Iglesia, y una llamada a la comprensión y a la estima mutuas en las comunidades de creyentes.

La debilidad apostólica

Pero lo que mejor se corresponde con la búsqueda de este estudio de la debilidad o debilidades, es lo que experimenta el apóstol en el ejercicio de su ministerio. Aún así, intentamos ver de qué se trata. Habla de esto cuando se trata de justificar su modo de ejercer el ministerio apostólico.

Debilidad del Apóstol y debilidad de la Cruz

Pablo evoca la debilidad del Apóstol, ante todo, cuando reacciona ante las divisiones que se formaban entonces en la Iglesia de Corinto entendiendo el Evangelio como simple sabiduría (1 Cor

1-4). Detecta en ella un desconocimiento del Evangelio porque los oyentes prestan más atención a la elocuencia del orador que al contenido evangélico que no logran transmitir. Les gusta más la sabiduría que la nueva vida que se les anuncia. Pablo dice que el contenido del Evangelio es una persona: Cristo crucificado. Ahora bien, éste sólo puede provocar el encogimiento de hombros de los Griegos que buscan la sabiduría, y no un Crucificado, que era escándalo para los Judíos que esperan un Mesías trinfador y guerrero ilustre.
Sin embargo Dios ha tenido en cuenta la salvación de los creyentes. Entonces, ¿qué de extraño si Pablo ha venido a anunciar el Evangelio en Corinto sin emplear los aplausos de la elocuencia y de la sabiduría? *"Pues me glorío en traeros sólo a Jesucristo, y a Cristo crucificado. Además, cuando llegué a vosotros, me sentí muy débil y temblaba de miedo"* (1 Cor 2, 1-3).
Pablo alude a las afrentas que había sufrido justo antes en Filipos y Tesalónica. Temí que dificultades semejantes no se produjeran en Corinto. Y sin embargo el éxito ha sido prodigioso. La debilidad del apóstol tenía la ventaja de no enmascarar el misterio que anunciaba y conseguir que la fe de los convertidos descansara en la intervención del Espíritu, en el poder de Dios y no en la "sabiduría humana".

Antes de ser un rasgo del apóstol, esta "debilidad" ha sido ante todo la de Cristo crucificado (2 Cor 13, 4) y la de Dios en Cristo crucificado. La cruz es la gran revolución que se impondrá con el tiempo a todos los hombres que acepten que por ella les ha venido la salvación, la acogida y la unión con Dios. En la cruz, Cristo, en nuestra condición humana comparte nuestra vida, nos trae la salvación desde el patíbulo, muerte humillante. De su "debilidad" nace la fuerza.

Debilidades del Apóstol y calificación religiosa

Pablo vuelve con insistencia sobre las *debilidades (en plural)* del apóstol, en la segunda carta a los Corintios, sobre todo en los

capítulos 10-13, cuando se trata de defender su cualificación apostólica frente a competidores que ponen ante todo su "cualificación religiosa". Parece que se refiere a apóstoles de origen judeo-cristiano, "super" apóstoles, que se presentan como el rostro radiante de Moisés, capaces de conceder gracias místicas, visiones y revelaciones. Ellos son al menos maestros espirituales, "hombres divinos". Pablo, sin embargo, se presenta con un porte más bien miserable. De lejos, las cartas son enérgicas, pero de cerca, la presencia es nula y la palabra también (2 Cor 10, 10). Mucho más, se puede preguntar cuál es su autoridad para anunciar el Evangelio, él que se encuentra a mucha distancia de los apóstoles de Jerusalén.

Pero es justamente esta situación de debilidad la que él va a hacer valer como lugar de autentificación de su ministerio apostólico. Jamás había conocido Pablo tantas angustias como durante la última fase de su estancia en Efeso: *"miedos por dentro* (por fidelidad de las Iglesias), *conflictos por fuera (oposiciones diversas en el anuncio del Evangelio)"* (2 Cor 7, 5). *"Hace falta que sepáis, hermanos, qué angustia hemos conocido en la provincia de Asia. Estábamos hundidos, al fin de las fuerzas, hasta el punto mismo de desesperación por mantener la vida.*
Habíamos aceptado en nosotros mismos nuestra condenación a muerte, y eso nos ha enseñado a no poner nuestra confianza en nosotros mismos, sino únicamente en Dios que resucita a los muertos" (2 Cor 1, 8-9).

Difícilmente se pueden reconstituir los acontecimientos de este período; pero es seguro que Pablo ha corrido riesgos físicos mortales (quizá se ha jugado la vida en los anfiteatros, si el "combate" contra las bestias en Efeso debe interpretarse en el sentido real y no metafórico), (1 Cor 15, 32). Al mismo tiempo, ha visto su autoridad combatida en Corinto, ha sufrido una afrenta sin que la comunidad reaccionara en su favor ; se desfigura su elección al no vivir en las comunidades, y se le tilda de superchería para explotar mejor su mundo; no sabe lo que quiere, cambia de proyectos sin parar; no está tan seguro como lo parece en su Evangelio.

- Es toda esta acumulación de angustias físicas, calumnias y críticas, desconsideración religiosa, lo que Pablo sintetiza en las "debilidades". O son las que van a servirle para rebatir a sus adversarios. Por eso se ajusta a Cristo en lo que predica.
Sumido en su atrincheramiento por el desfallacimiento de los Corintios que no saben o no quieren tomar su defensa, se va a entregar a un momento de "locura": hacerles ver sus méritos. ¡Pues bien!:que se escuche la narración de sus correrías apostólicas y los peligros por los que ha pasado, los trabajos que ha emprendido y hasta sus visiones y revelaciones –pues ha subido al tercer cielo – pero por dos veces, Pablo rompe esta enumeración de prestigio mediante rasgos de debilidad, pues ahí se encuentra su cualificación.

- La primera vez (2 Cor 11, 30), es para recordar cómo ha bajado como un vulgar fardo en un ataúd a lo largo de las murallas de Damasco; la segunda vez (2 Cor 12, 7-10), es para evocar este rancajo o espina en la carne, *este ángel de* Satanás encargado de azotarlo.
Muchos han querido resolver el enigma: ¿qué es esta espina en la carne? En el lenguaje de Pablo, la "carne" designa de manera general la condición humana en su debilidad ; puede designar también el parentesco carnal (cf. Rm 9, 4.5). Esta espina es algo así como "su calvario", "un tormento en su vida humana". ¿Qué es pues?, ¿una enfermedad crónica? Pero eso parece muy débil en relación con la dimensión que le da Pablo, atribuyéndole la acción a Satanás, el Adversario por excelencia; la enfermedad no es siempre un obstáculo: al contrario, es una enfermedad (una "debilidad") que ha sido para él la ocasión de anunciar el Evangelio a los Gálatas. Observemos aún que se trata de algo humillante ("azotar").

Se ha podido pensar con buenas razones que sus hermanos de raza y de religión ("según la carne") se oponían al Evangelio. Pablo, ante esta actitud siente un dolor incesante ; preferiría ser anatema, separado de Cristo, si eso fuera pensable (Rm 9, 2-3).

De modo más general, Pablo atribuye a Satanás (1 Tes 2, 18 ; 2 Cor 2, 11 ; 11, 14 ; 12, 7 ; Rm 16, 20) diversas formas de oposición con las que se ha encontrado a lo largo de su vida apostólica. No ha podido actuar con libertad. Somos nosotros los que lo vemos ahora como el apóstol triunfante; la realidad, por su parte, ha sido mucho menos gloriosa, su ministerio mucho más contestado.
Sea como sea, Pablo pone de relieve:

- el contraste entre esta prueba y la excelencia de las revelaciones,
- su finalidad, que es quitar de Pablo toda idea de ser superior a los demás;

- su oración para ser librado: "tres veces" indica una oración continua, como Jesús en Getsemaní; Pablo no está resignado, sufre verdaderamente este handicap ;
- la victoria que es una palabra del Señor: *"El me ha dicho"* (el verbo está en perfecto: lo que se ha dicho, es una luz permanente). Pablo da a esta palabra toda su fuerza porque la ha dicho Cristo. No se atreve a apropiársela declarando: "tu gracia me basta", pues dejaría de ser débil".

¿Qué dice esta palabra? Invita a bastarse con la gracia de Cristo, como en el desierto el pueblo debió aprender mediante pruebas a bastarse con la sola palabra de Dios. En otro contexto (en prisión), Pablo dice que se contenta con lo poco que tiene, e incluso soporta la privación (Fil 4, 11). Pero su reflexión no es la de un estoico, arrastrado a la autarquía, pues añade: *"Lo puedo todo en aquel que me conforta"* (Fil 4, 11-13). Se da una razón de que esta gracia de Cristo le basta (12, 9) : pues el poder – en la debilidad – encuentra su cumplimiento. El handicap del Apóstol da ocasión a que la gracia de Dios se despliegue en toda su medida. Pablo es débil, la gracia es poderosa. No solamente basta la gracia, sino que pone en práctica un poder para que se realice.

Pablo es aquí el heredero de la tradición bíblica. No es que Dios necesite de la debilidad humana para que su gloria resplandezca.

Pero las pruebas sufridas por sus fieles y por su causa, lejos de ser un handicap, son una llamada a su Fidelidad; ellas lo provocan de algún modo.

Que el hombre no se deje llevar por sus medios débiles. No es él el que primero se ha lanzado por esta aventura; es la gracia de Dios quien lo ha llamado (Pablo habla a menudo de su ministerio como de la "gracia" que se le ha dado). No tiene miedo ninguno de su debilidad, pues sólo puede aguardar una manifestación más alta del poder de Cristo. La conclusión práctica que Pablo saca: *"me complazco en mis debilidades"*, a saber: *"los ultrajes, las angustias, las persecuciones por Cristo"*. Concluye con una ley general: *"Cuando soy débil, es cuando me siento fuerte"* (12,10).

Una tal convicción, Pablo no puede agotarla nada más que en la comprensión del misterio pascual. Como lo había dicho en 1 Cor a propósito de Cristo crucificado, Dios ha manifestado su poder y su sabiduría en la debilidad y en la locura de la cruz. Es el mismo misterio el que continúa a través del ministerio apostólico. Querer un ministerio "glorioso" al modo de los competidores de Pablo, es predicar el Evangelio *"otro Jesús, otro Evangelio, otro Espíritu"* (2 Cor 10, 4). *"El ha sido crucificado en su debilidad, pero está vivo por el poder de Dios.Y somos también débiles en él, pero seremos vivos con él por el poder de Dios para con vosotros"* (13,4).

Conclusión

Si Pablo conoce la debilidad en su vida apostólica, se ve en qué sentido. Nada de masoquista ni de resignado. Hace la experiencia de una desproporción entre la grandeza de la misión recibida y sus fuerzas humanas, a las que se añaden las resistencias exteriores, los conflictos internos y su impacto sobre la moral del obrero. Desproporción que es como la firma de la obra de Dios.
¿Quién podría estar en la altura? Nadie. La cualificación sólo puede venir de Dios: Pablo lo repite a lo largo de capítulos en la segunda a los Corintios (3, 5). *"Este tesoro* (del Evangelio) *lo*

llevamos en vasos de arcilla" (instrumentos frágiles, pero quizá también con una alusión al modelaje de estos instrumentos mediante el "alfarero divino") *para que sea el poder extraordinario de Dios el que se manifieste, y no nuestra propia capacidad"* (2 Cor 4,7).

Si Pablo no se ha desmoralizado ni echado para atrás en su celo apostólico, ha sido porque ha sabido ver en esta situación el camino de una configuración con Cristo crucificado, y por tanto una confirmación de la obra de Dios. También vivió este adagio que enuncia a propósito de Cristo crucificado: *"Lo que es debilidad de Dios es más fuerte que los hombres"* (1 Cor, 25).
Sin embargo la gracia no suprime la responsabilidad del apóstol. Una dimensión esencial de la respuesta a la vocación divina, es la "constancia" (2 Cor 6, 4). Pablo estaba dotado de una personalidad sólida, aunque su afectividad estuviera a veces a flor de piel y sufría pasablemente la competencia de otros misioneros. Su fe en Cristo le ha permitido muchas superaciones : *"Con tal que Cristo se anuncie"* (Fil 1, 18); por él o por otros, por su vida o por su muerte.
Ha sido necesario un decentramiento radical de sí para llegar ahí.
La llamada de Dios al ministerio no requiere personalidades fuera de lo común, no nos pide que nos creamos "todopoderosos", sino lo contrario. Pero suscita una verdadera fidelidad al que es siempre fiel. La prueba de esta fidelidad forma parte del discernimiento por el que Dios prueba a sus obreros (1 Tes 2, 3-6).